

UN CUENTO INÉDITO DE ANDRÉS GALLARDO*

ALEXIS FIGUEROA A.**

HACE UNOS DÍAS, haciendo unos arreglos en el departamento de Ignacio Gallardo, pues soy maestro de carpintería y otros menesteres además de escritor, le pedí en préstamo la *Crónica General de España*, de Alfonso Décimo, El Sabio. Ya en casa y al revisar el libro, descubrí un cuento de Andrés, doblado, en el interior. Mecanografiado posiblemente en una Smith-Corona, figura a su pie la fecha de escritura, correspondiente a 1965. Es un cuento de cuatro carillas, que presenta correcciones realizadas con lápiz pasta rojo. Buscando el cuento entre las publicaciones de Andrés —y esto incluye *Obituarios*, *La nueva provincia*, *Cátedras Paralelas*, *Historia de la Literatura*, *Tríptico de Cobquecura*, *Las inexorables estructuras de parentesco*, etc.—, concluyo que es un texto inédito, jamás publicado. Ante esto, consulté con Ignacio por la posibilidad de darlo a conocer. Terminé hablando con Mariana Prat, viuda de Andrés, quien autorizó a revista *Atenea* de la Universidad de Concepción, la publicación. *Atenea* es una centenaria revista de la Universidad que acogió a Andrés durante gran parte de su vida académica.

“Los asados increíbles de los Cifuentes” es un cuento temprano, realizado cuando el autor tenía cerca de 25 años. Muestra un estilo en desarrollo —en el que ya se adivina lo por venir— y que culminaría en lo que se ha dado en llamar el “neocriollismo” del autor. La presencia de los “apellidos”, de las estructuras familiares y el parentesco, el mundo rural, el tono entre irónico y ladino —aunque su narrador es siempre bien intencionado—, la anécdota bien definida y a veces paradojal, son todos elementos caracte-

* Autorizada su publicación por la titular de los derechos de autor de Andrés Gallardo.

** Poeta, editor y productor cultural nacido en Concepción.

rísticos de la literatura de Andrés. Algunos de estos se encuentran ya en el presente texto. Sin embargo, hay otros que hacen del cuento algo desusado. Hay un giro intranquilizador en sus páginas, y una ambigüedad de carácter siniestro, que remata la historia. No recuerdo haber leído nada parecido —en términos de la anécdota— en sus posteriores escritos. Queda entonces el cuento en calidad de incógnita literaria y ejemplo de la producción temprana de Andrés.

Concepción, 4 de mayo, 2025

LOS ASADOS INCREÍBLES DE LOS CIFUENTES

ANDRÉS GALLARDO B.

Los asados de los Cifuentes eran fabulosos. En el pueblo los comentaban relamiéndose. Todos deseaban ser invitados y pocos lo conseguían. Así resultó un verdadero honor ser comensal de los Cifuentes los días de asado.

Y todo era motivo de asado donde los Cifuentes. Desde luego, todas las fiestas cívicas. El 21 de mayo, el 18 de septiembre... (Los asados del 18 se prolongaban hasta el 19, y aun hasta el 20, si tocaba domingo). El cumpleaños de la señora Mercedes, el cumpleaños de don Samuel, el aniversario de matrimonio. (El 17 de octubre, aniversario de la llegada de los Cifuentes a esa casa y el 26 de noviembre, porque el 26 de noviembre se ahogó Samuelito en el canal y apareció tres días más tarde entre las zarzamoras, debajo del puente viejo, todo arañado y con una mancha morada en la cabecita. Ese día los asados eran distintos y la concurrencia más selecta).

Había más o menos un asado al mes.

Don Samuel había arreglado un rincón especial en el sitio. El mismo había hecho el asador con ladrillos refractarios y con la parrilla del camión viejo. Había puesto unas mesas debajo del parrón y había instalado una iluminación muy alegre. Las vaquillas y los corderos los engordaba personalmente en la parcela que tenía cerca del pueblo. La señora Mercedes preparaba las ensaladas y servía los platos.

Fuera de los días de asado, era difícil tratar a los Cifuentes. La señora Mercedes casi no salía de su casa. Los domingos iba sola a misa de ocho. (Don Samuel no iba a misa, quién sabe por qué, y el resto de los días se lo pasaba fuera del pueblo, trabajando el camión o en la parcela).

La señora Mercedes era flaca y muy pálida; don Samuel era gordo y colorado, pero andaba siempre serio y casi no hablaba.

Nadie sabía de la vida privada de los Cifuentes. Los conocían por los de los asados. (El señor Morales, ex jefe de estación, fue muy amigo de ellos y un día se fue del pueblo sin decirle a nadie. A Jofré, el nuevo jefe de estación, nunca lo invitaron a un asado, lo que daba que hablar).

Los Cifuentes hubieran podido llamarse González, Smith o Chung. Don Samuel hubiera podido ser flaco y pálido; la señora Mercedes hubiera podido ser gorda y colorada. Habría sido lo mismo, si de todas maneras hubiesen hecho asados en su casa. Los asistentes se limitaban a comer asado, a tomar vino y a gritar, y esos días no almorzaban, preparándose para la tarde.

Yo apenas ubicaba a los Cifuentes. A la señora Mercedes la vi una sola vez, cerca del cementerio, con unas rosas. A don Samuel solía divisarlo en su camión. A veces le hacía una venia y él movía la cabeza, levemente.

Sin embargo, un día me llegó una tarjeta:

SAMUEL CIFUENTES Y SRA., INVITAN A UD.
A UN ASADO A EFECTUARSE EL 21 DE MAYO
EN SU CASA DESDE LA 7 P.M. EN ADELANTE.

Nada más.

Fui. (Llevé la tarjeta y estuve bien. La señora Mercedes me la recibió muy silenciosa y muy amable en la puerta).

Bajo el parrón todo está preparado. A las siete y media empiezan a servirse los primeros platos. No hay bullicio. (Todos nos limitamos a comer y a beber. Hay solo vino). Poco a poco empiezan las primeras carcajadas, los primeros gritos. A las 9 y media, Pizarro se empina el vino en las botellas, manchándose la camisa; el jefe de correos, que es zunco, vocifera por más costillar ¡sin grasa!; un joven que tiene fama de sobrio -creo que Morellieriega unos maceteros y el Mayor Fuentes come del plato, sin las manos, para hacer reír a la señorita Julia, de la botica.

Pero los Cifuentes están muy serios, muy dignos. Me parece que no los he visto hablar, ni aun entre ellos. Don Samuel va comiendo trocitos de carne mientras la corta y la señora Mercedes sirve vino y ensaladas. Zigzaguea y rebalsa los vasos.

Me acerco al asador. Don Samuel me da la espalda. Le voy a pedir más carne, pero aparece la señora Mercedes y coge un trozo de costillar. Don Samuel le pega en la mano con el tenedor de fierro casi al rojo.

—Viciosa.

—Cochino.

Y se miran un momento en un fugaz rapto de odio que adivino antiguo, cotidiano.

La señora Mercedes vuelve a servir vino y ensaladas.

Don Samuel sigue dando vueltas al asado, pero antes me sirve muy amable un pedazo. Me cuesta comérmelo.

A media noche, pocos invitados se mantienen de pie. Por el suelo hay algunos vómitos pastosos y hediondos. Los que hablan, daría lo mismo que estuvieran callados.

En un extremo de la mesa, por fin, se ha sentado don Samuel, a comer con calma. En el otro extremo está sentada la señora Mercedes. (El mayor Fuentes trata de decirme algo, pero se interrumpe a cada rato para gritar a don Samuel y para galantear -muy caballerosamente- a la señora Mercedes).

Los dueños de casa están en silencio y miran complacidos a sus invitados. Yo los miro a ellos. Los dos comen mucho y toman mucho vino. Don Samuel se come un[a] pierna de cordero entera a mano; la señora Mercedes come en el plato, con tenedor y cuchillo. Yo los sigo mirando. Me fijo en sus caras. Sudan. No. Sin lugar a dudas, están llorando.

La fiesta llega al clímax. Don Samuel da mascadas frenéticas a su pierna de cordero; la señora Mercedes se inclina hacia un lado y se pone a vomitar. Yo la imito, sin querer. Don Samuel sigue con sus mascadas frenéticas y con sus lágrimas. Me hago el desentendido. Cuando la señora Mercedes termina de vomitar, espero un rato.

Saludo.

Me voy.

Ayer fue día de asado donde los Cifuentes y no recibí tarjeta de invitación...

Santiago, 23 de noviembre de 1965.